

CORRIDO DEL PARRICIDA



Señores, teng n presente lo que les voy á cantar de un hijo desobediente que á su padre fué á matar, porque el pobrecito anciano lo mandaba á trabajar.

Señores, esto pasó en el Real de Zumatlán, esta escena dolorosa, que ahora voy á relatar, prestadme vuestra atención, para poderlo explicar.

Según nos dijo la prensa, yo lo tengo muy presente, que en aquel pueblo vivía un hijo desobediente, el cual a su pobre padre vilmente le dió la muerte.

Se dice que Juan Rodríguez ya no podía trabajar, el cual tenía un hijo ingrato que era grosero y malcriado; quien sin temer el castigo a su padre lo ha matado.

Ese Antonio, un desgraciado que tal nombre le habían dado, cómo tuvo el gran valor de matar á su papá; y a ese hijo condenado ni Dios lo perdonará.

Una mañana temprano don Juan le dijo a ese Antonio: Hijo, párate a almorzar, que debemos trabajar; yo voy á escardar la milpa y tu irás al camotal.

Luego le contestó Antonio. No comience á molestar que ahora yo no estoy de humor ni quiero irme a trabajar. Yo quisiera más tequila para poderme curar.

Luego el pobrecito anciano le comenzó a regañar: Hijo, no seas tan ingrato; ¿con qué te quieres curar si dinero yo no tengo? y tu uo quieres trabajar?

—No me siga molestando porque me voy a parar y con esta buena daga hoy lo voy a asesinar para que no ande diciendo que no quiero trabajar."

Luego se paró el indigno, el maldecido de Antonio, y con aquella horrible daga, sin ninguna dilación, á su pobrecito padre le traspasó el corazón.

Aquel infeliz anciano en su sangre se bañaba, y a aquel desgraciado hijo el diablo se lo llevaba, pues con gran velocidad de su pueblo se alejaba.

¡Quiera Dios, hijo malvado, y María Guadalupe, que Dios te ha de castigar por tu infamia tan malvada, que asesinaste a tu padre con una filosa daga.

Dicen que solo había andado tres jornadas de camino cuando Dios lo castigó por ingrato y asesino, que era lo que merecía ese Antonio por indigno.

En una barranca oscura allí se vió acorralado por varias hambrientas fieras que allí lo tenían rodeado, pero ya no había remedio, ya el Señor lo había mandado.

El pedía perdón á gritos, pero no había quien lo oyera en aquella sierra inmensa, pues no había ni quien lo viera y fue por fin devorado por esas terribles fieras.

Tres arrieros que pasaron por aquellos matorrales hallaron huesos humanos y un traje muy destrozado que fué lo que allí quedaba de aquel hijo desastrado.

Ya con ésta me despido, no se les vaya a olvidar, Señores, tengan presente lo que les vine a cantar, y quered á vuestros padres á quienes debeis honrar.

LEOPOLDO BRAVO.

REGISTRADO POR E. GUERRERO